



Kjell Askildsen

**EL PRECIO
DE LA AMISTAD**

Traducción de Kirsti Baggethun y
Asunción Lorenzo

Epílogo de
Julián Rodríguez

Nordicalibros

EL PRECIO DE LA AMISTAD

KJELL ASKILDSEN

coleccionnordiclibros



EL PRECIO DE LA AMISTAD

Kjell Askildsen

Epílogo de
Julián Rodríguez

Nordiclibros
2020

Traducción de
Kirsti Baggethun y
Asunción Lorenzo

Título original: *Vennskapets pris*



© 2015 Forlaget Oktober A/S

© De la traducción: Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

© Del epílogo: Julián Rodríguez

Edición en ebook: enero de 2020

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-18067-33-4

Diseño de colección: Filo Estudio

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

KONRAD T.

Los martes, Konrad T. iba a ver a su padre. Lo llevaba haciendo desde que volvió a instalarse en la capital, tras la ruptura después de una larga convivencia. Lo hacía sin alegría, pero lo hacía; se sentía incapaz de no hacerlo.

Este martes Konrad llegó demasiado tarde a casa de su padre. Menos de media hora antes de salir de su casa recibió la visita de su relativamente nueva amiga, Vibeke. Konrad le dijo que debería haber llamado. Ella contestó que había sido una ocurrencia repentina, que tenía algo que hacer por allí cerca. Vibeke lo besó. Konrad tenía con ella una relación poco definida; raramente la echaba de menos cuando no estaba, pero su presencia física solía encender en él un considerable deseo, lo que se debía en parte al cambio que tenía lugar en ella cuando también lo sentía: de ser una mujer serena y equilibrada pasaba a mostrarse frívola, tanto en palabras como en hechos.

Se acostaron.

Esa fue la causa de que llegara media hora tarde. Se inventó una explicación. Su padre no podía ver que su hijo le mentía. Era ciego. Unos años antes, uno de sus ojos había enfermado de glaucoma. Se negó a que lo operaran, alegando que le bastaba con un ojo. Luego su otro ojo enfermó también y la operación fue un fracaso.

Su padre había cumplido setenta años. Konrad sabía que tenía una asistenta. Cuando iba a verlo, le llevaba siempre un par de periódicos del día; el hombre quería que Konrad le leyera en voz alta comentarios y cartas de lectores sobre temas actuales. Pero sobre todo tenía que leerle las cotizaciones bursátiles de dos fondos en los que el hombre tenía un número desconocido de acciones.

Konrad era incapaz de interpretar las reacciones de su padre, ya que el hombre carecía de mirada. Y no le preguntaba. Lo había hecho una vez y en aquella ocasión, tras un repentino movimiento impaciente de la cabeza, su padre le respondió: Sin cambios.

De vez en cuando su padre le preguntaba cómo estaba, y cuando Konrad tenía algo que contar, el hombre parecía escucharlo pacientemente, aunque sin hacer preguntas al respecto, lo que solía dar lugar a una larga y opresiva pausa antes de que el padre la rompiera con un lacónico: Bueno, bueno. Esa tarde el padre estaba más callado y ausente que de costumbre, y cuando Konrad empezó a hojear uno de los periódicos, le dijo: No, hoy no.

¿Ha ocurrido algo? le preguntó Konrad.

No, contestó el hombre.

Luego se quedaron callados un buen rato hasta que el padre dijo: No eres precisamente

hablador.

Supongo que lo he heredado de ti, dijo Konrad algo forzado.

Puede ser, dijo el padre, aunque tu madre tampoco es que fuera muy habladora.

Mi madre sí, dijo Konrad, ella hablaba mucho.

No, dijo su padre, te equivocas.

Se quedaron callados de nuevo.

Cuando a Konrad le pareció que ya llevaba allí el tiempo suficiente, le preguntó a su padre si estaba cansado. El hombre no contestó, sino que dijo: ¿Te vas ya?

Simplemente te he preguntado si estás cansado, dijo Konrad.

¿Cansado? dijo su padre. Y luego, tras una pausa: Pero antes de marcharte haz el favor de traerme una botella de vino y una copa.

Konrad se levantó.

No he dicho que vaya a irme ya, dijo.

Había cuatro botellas de vino tinto en la parte de abajo del aparador; Konrad cogió una, fue a la cocina, la abrió y se acercó a su padre con la botella y una copa grande. Tras echar el vino en la copa y dársela, dejó la botella en la mesita que había al lado de su sillón.

El padre palpó con la mano libre para averiguar dónde se encontraba exactamente la botella.

Gracias, dijo.

Konrad vaciló; su padre había adquirido un aire de humildad que le hizo sentirse desconcertado; de repente le resultaba más difícil marcharse que quedarse. Dijo: ¿Puedo hacer algo más por ti?

No, gracias, contestó su padre, ahora está todo bien. Todo está bien.

Konrad estaba de pie muy cerca de él, su padre volvió la cabeza y lo miró. Eso sintió Konrad, que su padre lo estaba mirando, y pensó: Creo que no le he hecho nada malo.

Mientras Konrad se limitaba a dejar que su padre lo mirara, el hombre soltó la copa. Konrad tuvo la clara impresión de que la había dejado caer, no de que se le cayera. La copa acabó en el regazo del hombre, lo mismo que el vino. Konrad cogió la copa y la dejó en la mesa. Su padre se puso de pie, pero se quedó quieto.

Un momento, dijo Konrad.

Fue a toda prisa a la cocina y cogió un paño y un rollo de papel. Su padre seguía en el mismo sitio, con la boca entreabierta. Konrad limpió el vino del hundido asiento de cuero.

Ya puedes sentarte, dijo.

El hombre se sentó. Konrad apretó el paño sobre los muslos húmedos del pantalón de su padre y pensó: No había estado tan cerca de él desde que era un niño. Notó que los muslos estaban mucho más delgados y duros.

Bueno, ya basta, dijo su padre.

Konrad arrancó un trozo largo de papel y limpió el vino del suelo. Oyó que su padre volvía a llenarse la copa.

El hombre dijo: De repente todo se iluminó.

¿Se iluminó? preguntó Konrad.

Sí, contestó su padre, por un momento todo se iluminó.

Konrad fue a la cocina y tiró el papel al cubo de la basura, luego se lavó las manos. Se tomó mucho tiempo; estaba desconcertado.

Cuando volvió al salón, su padre tenía la copa en la mano. Konrad le preguntó si quería que se quedara.

No, no, contestó el hombre, ya me encuentro muy bien. Y gracias por limpiarlo todo.

Faltaría más, dijo Konrad.

Bueno, tal vez, dijo el padre, pero gracias de todos modos.

Konrad apagó las luces, luego dijo adiós y se marchó.

Abajo, en la calle, Konrad vio que quedaban quince minutos para la salida del siguiente autobús, y echó a andar hacia el centro. Pasó por delante de dos paradas, y se detuvo en la tercera. Tenía marquesina y un banco. Se sentó.

Una mujer sin ropa de abrigo salió de un portal a unos diez o quince metros más abajo; se quedó parada en el borde de la acera, de espaldas a la calle. Al poco rato un hombre salió del mismo portal, también con poca ropa. Caminó lentamente hacia ella. Por un instante permanecieron en silencio cara a cara. De repente el hombre abofeteó a la mujer, Konrad lo vio y lo oyó. La cabeza de la mujer fue desplazada hacia un lado, pero no salió de ella sonido alguno. El hombre volvió a abofetearla, y luego una tercera vez. La mujer estaba con los brazos colgando a los lados del cuerpo, dejando que ocurriera. Luego dio un paso hacia delante y lo besó. El hombre la cogió del pelo con una mano y la llevó hasta el portal. Justo en ese momento llegó el autobús.

La escena que Konrad había presenciado le produjo una reacción sexual, y en el autobús, camino de su casa, se acordó de repente de un cuento de Anaïs Nin en el que, según recordaba, la autora describe una escena en la que, mientras contempla una ejecución pública, una mujer es toqueteada por un hombre que está justo detrás de ella en medio de la multitud. La mujer no hace nada para oponerse a que el desconocido acabe penetrándola, y en el instante en que el hacha baja y la cabeza es separada del cuerpo del condenado, ella alcanza el orgasmo.

Cuando Konrad llegó a su casa llamó a Vibeke, pero ella no contestó. Como compensación, Konrad sacó el libro de Nin de la librería y leyó el cuento. Durante la lectura, pero sobre todo después, se extrañó de lo mal que lo recordaba.

Dos noches después tuvo un sueño. Nunca había intentado interpretar los sueños, sabía que no era posible, pero no negaba que pudieran dejar huellas. Soñó con su padre. En el sueño no había ninguna acción, solo una cara, una cara retorcida, de rasgos duros. No se parecía en nada a la cara de su padre, pero sabía que era la suya. Aparecía y desaparecía una y otra vez. Se despertó con esa cara presionándole los ojos, intentando entrar en él.

Se levantó, eran las tres y media. Bebió un vaso de agua, luego fue al salón y anotó el sueño con palabras clave: «Padre, no padre. Cara. Quería entrar dentro de mí».

Esa misma mañana salió a hacer fotos. Hizo cuatro de dos troncos de árboles, una con una playa, otra con el mar, otra con el horizonte y otra con el cielo de fondo. Un motivo lineal con aproximadamente un setenta por ciento de nubes. No podía dejar de pensar en el sueño. Tenía la sensación de no querer olvidarlo. Siguió andando, pasó por delante de los pinos y bajó hacia la

orilla del mar, adentrándose en el motivo, por así decirlo. Luego dio media vuelta y se dirigió al café en el que había quedado con Vibeke.

Vibeke dejó en la mesa *Viaje al fin de la noche* y encendió un cigarrillo. Él se sentó.

¿Bien?, preguntó ella.

Sí, contestó él.

¿Mar?, preguntó ella.

Sí, contestó él, eso también, pero lo que más cielo y playa.

WILLY HASSEL

Willy Hassel caminaba por el sendero del bosque por el que solía caminar, con la esperanza de vivir una experiencia.

A la izquierda tenía una vista casi despejada entre erguidos troncos de pino, a la derecha crecía un tupido matorral que ocultaba por completo lo que había detrás, pero él sabía lo que era. Llegó al extenso campo labrado donde el sendero se bifurcaba y se detuvo; no solía pasar de allí.

Se sentó en un tocón un poco retirado del sendero y evocó la imagen del reacio cuerpo de una mujer que acabó permitiéndole hacer con él lo que quiso. Luego se fumó un cigarro; de repente se percató del silencio y del paisaje inmóvil.

Estático, pensó, silencioso y estático, el pensamiento le llegó como un malestar, como algo casi amenazante, se levantó a toda prisa y volvió al sendero por el mismo camino de antes, hasta que descubrió una persona delante de él; entonces aflojó el paso. Por un momento pensó que se trataba de una mujer, pero era un hombre que andaba lentamente en la misma dirección que él. Willy Hassel pensó: ¿De dónde viene? Por aquí no hay ningún otro sendero aparte de este, ¿no? ¿Venía en la misma dirección que yo y luego se ha dado la vuelta al verme sentado en el tocón? ¿Ha estado observándome?

La idea le hizo sentir un gran malestar y se detuvo. Permaneció inmóvil hasta que el hombre desapareció de su vista donde el sendero se bifurcaba hacia la izquierda; entonces Willy Hassel se abrió camino por entre los matorrales y se apresuró a subir un pequeño monte hasta un punto en el sendero por el que el hombre no podía haber pasado todavía. Entonces echó a andar a su encuentro.

Pensó: Ahora se dará cuenta de que no era yo al que ha visto. Y si cree reconocerme, no sabrá qué pensar. Cuando me cruce con él me quedará mirándolo y haré un gesto con la cabeza como suele hacerse cuando uno se encuentra con un desconocido por un sendero en las afueras de la ciudad.

Pero no se cruzó con él. Se detuvo y miró hacia dentro por entre los troncos de los pinos. Luego volvió rápidamente por el mismo camino, y al salir del bosque, justo donde había aparcado el coche, lo vio. Se encontraba a unos quince o veinte metros de distancia, inclinado hacia delante, de espaldas; estaba atándose un cordón del zapato. Willy Hassel se apresuró hasta el coche, se metió en él y colocó el espejo. El hombre ya se había dado la vuelta, y cuando Willy Hassel se dio cuenta de que se trataba de un hombre al que no había visto jamás, pensó: Como yo no lo conozco a él, él tampoco me conoce a mí.

Se reclinó en el asiento. Bajó la ventanilla, arrancó el motor y metió las arias de Verdi en el lector de CD.

Cuando un rato después Willy Hassel cogió el ascensor del garaje hasta la sexta planta, se le ocurrió la idea de invitar a Lisa a salir. Ella se alegraría, pensó.

Llamó a la puerta y abrió, solía hacerlo cuando creía que ella estaba en casa. Lisa salió a la entrada.

Ah, eres tú, dijo.

Sí, ¿quién si no?, dijo él.

Mi madre, contestó ella. No he podido evitarlo, llamó hace una hora, llegará en cualquier momento. ¿Te parece horrible?

No, contestó él.

Willy Hassel se encontraba en el dormitorio cuando llegó la madre de Lisa. Estaba justo delante de la puerta y podía oír sus voces, pero no lo que decían. Luego las voces se alejaron, y él se acercó al armario y se puso la americana clara que según Lisa le sentaba tan bien. Se miró en el espejo. Fue al salón.

Buenas tardes, dijo.

Hola, Willy, dijo la madre de Lisa.

Willy Hassel se acercó al sillón en el que la mujer estaba sentada y le tendió la mano. Ella la cogió y la retiró rápidamente para que le diera un abrazo. Él se sentó. Lisa y su madre retomaron la conversación que habían interrumpido; Willy Hassel no prestaba atención a lo que decían. Se estiró para alcanzar la cafetera y llenó la taza vacía que tenía delante.

Ah, perdona, dijo Lisa.

Él la miró y sonrió.

Se tomó el café y se sirvió otra taza. La madre de Lisa hablaba de una amiga que tenía cáncer. Willy Hassel se levantó y dijo: Voy a por cigarrillos.

Fue al dormitorio, cogió el paquete de tabaco del bolsillo de la americana, sacó todos los cigarrillos menos uno y los metió en el cajón de la mesilla de noche, luego volvió al salón con el paquete en la mano, se sentó, dejó el paquete en la mesa y lo abrió.

Ay, dijo en voz baja, aparentemente dirigiéndose a sí mismo.

¿Qué pasa?, dijo Lisa.

He olvidado comprar tabaco, dijo él.

Encendió el último cigarrillo que quedaba en el paquete. Lisa y su madre continuaron la conversación sobre la amiga enferma de cáncer. Willy Hassel fumaba. Se acabó la taza de café. Luego se levantó.

Voy a comprar tabaco, dijo.

Vale, dijo Lisa.

La madre de Lisa dijo: Vuelve pronto, Willy.

Sí, dijo él, si no me atracan.

Qué dices, dijo la madre de Lisa y tocó madera.

Willy Hassel se rio y Lisa dijo: No debes bromear con esas cosas, Willy.

Él volvió a reírse.

Tienes razón, dijo.

Willy Hassel recorrió los aproximadamente quinientos metros que había hasta el “Pub de Victor”; se tomó una pinta. Compró cigarrillos. Se tomó otra pinta.

Ahora me atracarán, pensó.

Cuando llegó a casa, se metió en el cuarto de baño y se cepilló los dientes, luego siguió hasta el salón.

La madre de Lisa dijo: Acabamos de hablar de ti, Willy.

¡Pero, mamá!, dijo Lisa.

Te pone por las nubes, dijo la madre de Lisa.

¡Pero, mamá!, repitió Lisa.

No importa que lo cuente, dijo la madre de Lisa, ¿a que no, Willy?

Él no contestó inmediatamente, luego dijo: Si Lisa opina que importa, es que importa.

Vale, dijo la madre de Lisa, entonces quizá no debería haberlo dicho, pero la intención era buena.

Sí, sí, mamá, dijo Lisa.

Por unos instantes, se hizo el silencio.

Sí, sí, dijo la madre de Lisa.

Willy Hassel preguntó: ¿Hago más café?

Por mí no, gracias, contestó la madre de Lisa.

Sí, por favor, dijo Lisa.

Willy se levantó y fue a la cocina. Se quedó inmóvil hasta que oyó hablar en voz baja en el salón. Cuando volvió con el café, la conversación se interrumpió y le pareció que Lisa había llorado, pero ella lo miró sonriendo. Willy le sirvió café.

Gracias, dijo ella.

Deberíamos haber tenido un poco de coñac, dijo él.

Mi madre tiene que conducir, dijo Lisa.

Aun así, dijo él. No se sentó. Tras una breve pausa, dijo: En algunos lugares del mundo da mala suerte no tener alcohol en casa cuando hay invitados.

Eso son supersticiones, dijo la madre de Lisa.

Willy Hassel se rio.

Para los que creen en ello es fe, dijo, igual que cuando tú tocas madera.

Lisa le alcanzó la jarrita de leche y dijo: ¿Podrías, por favor, ir a por un poco más de leche?

Claro que sí, contestó él sonriéndole. Qué miedo tiene, pensó.

Cuando volvió, Lisa estaba hablando de su inminente viaje de vacaciones a Madeira. Willy Hassel se sentó y encendió un cigarrillo. Lisa hablaba a su madre de todas las flores raras que había allí, sobre todo de las muchas clases de orquídeas, y de que había canales artificiales de riego a lo largo de los cuales se podía pasear, incluso a través de túneles en las montañas, y que se cultivaba grano hasta a mil metros sobre el mar.

¿A que sí?, dijo ella mirándolo.

Sí, asintió él.

Y también cultivan azúcar y plátanos, añadió Lisa; después se calló.

Se hizo el silencio, luego la madre de Lisa dijo: Bueno, bueno.

Willy Hassel notó que algo le subía por dentro, y dijo: A tu madre eso no le parece nada interesante.

¿Cómo?, dijo la madre de Lisa.

No se me da bien contar cosas, dijo Lisa.

Eso no es verdad, dijo él.

Madeira, dijo la madre de Lisa, supongo que de allí viene el vino de madeira, ¿no?

Sí, asintió Lisa.

Eso pensaba yo, dijo la madre de Lisa; luego, al cabo de una larga pausa, dijo: Bueno, me voy ya.

Pero no se levantaba. Willy Hassel se levantó. Sonrió a Lisa y dijo: Voy a darme un pequeño paseo.

Muy bien, dijo Lisa.

Willy Hassel fue hasta el puente y volvió por el mismo camino. Salió del bosque justo detrás de la gasolinera. Entre los surtidores de gasolina y la puerta había aparcados dos coches de policía. En el momento en el que iba a cruzar la carretera principal, una voz le gritó: Hola, tú, y Willy Hassel se detuvo.

Se dio la vuelta. El policía le hizo señas para que se acercara. Se esforzó por no andar ni demasiado deprisa ni demasiado despacio. Cuando paró delante del policía, este le dijo: ¿Qué haces aquí?

Voy a mi casa, respondió Willy Hassel.

¿Vas a tu casa desde dónde?

He salido a dar un paseo, dijo Willy Hassel.

Contesta a lo que te pregunto.

Willy Hassel explicó de dónde venía. El policía tomaba notas.

¿Ida y vuelta por el mismo camino entonces?

Sí, contestó Willy Hassel.

¿Y a qué hora pasaste por aquí en dirección contraria?

Willy Hassel se quedó pensando. Pensó: Ha habido un atraco. Luego pensó: Tal vez haga media hora. Dijo: Hace unos tres cuartos de hora.

¿Nombre?

Willy Hassel se lo dijo. El policía lo anotó.

¿Dirección?

Willy Hassel se la dio. El policía preguntó si llevaba papeles que pudieran certificar su identidad.

No, contestó Willy Hassel.

Espera aquí, dijo el policía.

Subió al coche y cerró la puerta. Willy Hassel vio que estaba hablando, pero no oía lo que decía. El policía se bajó del coche.

¿Ha habido un atraco?, preguntó Willy Hassel.

¿Qué te hace pensar eso?

Willy Hassel no contestó.

El policía se lo volvió a preguntar.

Pues algo tiene que haber pasado, dijo Willy Hassel.

¿Por qué precisamente un atraco?

¿Qué si no?, preguntó Willy Hassel.

El policía lo contempló durante un buen rato. Anotó algo. Willy Hassel se fijó en que sacaba media cabeza al hombre. El policía le preguntó si había visto a alguien delante de la gasolinera cuando pasó por allí hacía tres cuartos de hora. Willy Hassel fingió reflexionar.

No, contestó.

¿Ningún coche?

Creo que no, contestó.

¿Estás seguro?

No, dijo.

El policía dijo que podía ser importante y Willy Hassel dijo que lo entendía. Entiendo que soy un testigo potencial, solo que no sé de qué, dijo.

Tendrás noticias nuestras, dijo el policía.

Willy Hassel se marchó. Se sentía casi exaltado. Se tomó dos pintas en la Tasca de Jakob, eso le llevó media hora o un poco más, eran ya las once y media. Pidió otra pinta. Se la bebió y fue al cuarto de baño. Al salir, se sentó en una mesa libre y pidió otra pinta.

Willy Hassel volvió a casa sobre las tres. Abrió sigilosamente la puerta. Se desnudó y dejó la ropa en el sofá. No hay nada malo en dar un paseo, pensó. Luego abrió con cuidado la puerta del dormitorio.

Ya estás aquí, dijo Lisa.

Sí, dijo él.

EL PRECIO DE LA AMISTAD

Había aceptado porque ya en dos ocasiones le había puesto una excusa. En tiempos éramos amigos íntimos, hace muchos años, y nunca nos peleamos, simplemente el tiempo y la distancia alejaron los motivos para mantener el contacto.

Ahora acababa de aceptar, con desgana, debido a un irracional sentimiento de culpabilidad.

Él estaba sentado justo al lado de la puerta. Se levantó. Era fácilmente reconocible, pero estaba distinto. Nos dijimos unas vagas frases y nos sentamos.

Llegó la camarera, era espectacularmente guapa. Pedimos cada uno un aperitivo. Él tenía una estrecha raya a modo de bigote. Seguimos intercambiando palabras casi por completo anodinas. La camarera nos trajo las copas. Brindamos.

Luego me ofreció un cigarrillo. Yo lo había dejado. Me preguntó si me molestaba que él fumara.

En absoluto, dije.

Dijo que él también debería dejarlo.

¿Por qué?, pregunté.

Buena pregunta, dijo él, por qué. Encendió el cigarrillo. Me preguntó por qué lo había dejado yo.

Problemas de corazón, y como si mi respuesta le diera impulso, me preguntó si seguía casado con Nora.

Sí, contesté, me ha aguantado.

Él dijo que seguramente no le había resultado demasiado difícil, con lo que yo estaba de acuerdo, así que no contesté.

En la pausa que siguió, él cogió la carta. Yo hice lo mismo. Llegó la camarera y pedimos la comida.

Pensé que como él quería verme tendría algo que decirme, así que dije: ¿Y bien?

Bueno, contestó él. Y tras una breve pausa: Salud.

Me acabé la copa. Dije que tenía que ir al lavabo.

No había nadie, así que metí dos billetes de diez en la máquina de condones; es una manía que tengo. Me tomé bastante tiempo, y cuando volví, había ya una botella en la mesa y vino tinto en las copas.

Dije que no era capaz de recordar cuándo y por qué motivo nos habíamos visto por última vez.

Dijo que fue en mi casa hacía doce o trece años.

Cuéntame algo más, dije.

Fue justo antes de que te mudaras, dijo, Nora y tú disteis una fiesta de despedida.

¿Ah sí?, dije yo.

¿No lo recuerdas?, dijo él.

Cuéntame algo más, dije.

Pronunciaste un discurso y todo, dijo él.

Oh, Dios mío, dije yo.

Fue un bonito discurso, dijo él, hablaste de la amistad.

No contesté; no me sentía muy a gusto. Por suerte, llegó la camarera con la comida. La mujer era de verdad inusualmente guapa, y cuando se alejó, lo mencioné con la esperanza de llevar la conversación en otra dirección.

¿Ah, sí?, dijo él, y empezó a comer.

¿Ya no miras a las mujeres guapas?

Por Dios, contestó, no creo que lo haya dejado, pero tampoco puedes mirarlas a todas.

Entonces, lo has dejado, dije.

Se metió comida en la boca y no contestó.

Comimos en silencio durante un rato. Quería preguntarle por su mujer, pero no me acordaba de su nombre, así que lo dejé: hay gente que tiende a interpretar mi mala memoria como falta de interés, en lo que, por cierto, no les falta razón.

En lugar de eso le pregunté, por decir algo, si seguía viendo a alguno de los que formaban nuestro círculo de amistades.

A algunos sí, contestó.

¿A Henrik?, pregunté.

No, contestó, y noté en su respuesta una brusquedad que despertó mi curiosidad.

¿No?, dije.

No, repitió, y siguió comiendo.

Decidí no ser el primero en volver a hablar. Comía y bebía vino. La camarera se acercó a rellenarnos las copas. Él ni siquiera levantó la mirada, siguió comiendo, tenaz, me pareció, tal vez porque su manera de masticar iba a veces acompañada por un chasquido de las mandíbulas.

Entonces dijo por fin: Henrik se interpuso en la relación entre Eva y yo. Pero eso a lo mejor ya lo sabes, ya que has preguntado precisamente por él.

¿Henrik hizo eso?, pregunté.

¿No lo sabías?, dijo él.

No, contesté.

Así que ya no tengo nada que ver con él, dijo, y siguió comiendo.

¿Pero tú y Eva seguís casados?, pregunté.

Asintió con un gesto de la cabeza.

Empezaba a irritarme por tener que sacarle las palabras con sacacorchos; no era yo el que había sugerido que nos viéramos. Dejé los cubiertos y miré a mi alrededor. No veía a la camarera. Bebí un poco de vino. De vez en cuando le lanzaba una mirada, pero él ni siquiera me miraba de reojo.

Me serví más vino y luego dije: ¿Prefieres que me vaya?

Entonces levantó la vista, sin comprender, como si de repente se hubiera despertado.

¿Cómo?, dijo.

Das la impresión de tener de sobra contigo mismo, dije.

Me miró fijamente; resultó bastante incómodo.

Entonces vete, dijo por fin, no pensaba que hiciera falta hablar todo el tiempo.

Cogió el paquete de tabaco y con un movimiento del pulgar y otro dedo sacó un cigarrillo que golpeó tres veces contra el mantel antes de encenderlo; era un ritual y en cierto modo encajaba con ese estrecho bigote que se había dejado.

Lo siento, dijo.

Yo también, dije.

Brindamos.

La camarera se acercó y vació lo que quedaba de la botella en nuestras copas. Yo la miré y pedí otra botella. Ella no me devolvió la mirada.

Cuando la mujer se alejó, él dijo que hacía mucho tiempo que no nos veíamos, y que mientras estaba esperándome, pensó que quizá fuera demasiado tiempo y no nos reconociéramos, y tal vez hubiera variado nuestro concepto de nosotros mismos, porque era muy normal que hubiéramos cambiado, al menos con relación al otro, ya que la influencia recíproca había cesado.

Esas eran las palabras que yo había utilizado en mi discurso esa última noche, dijo él, yo había dicho que la amenaza para una amistad era que la influencia recíproca cesara.

¿Yo dije eso?, pregunté.

Sí, contestó él.

¿Y tú lo recuerdas?, pregunté.

¿Por qué no iba a recordarlo?, dijo él.

LA CASA ROJA

Una casa roja, detrás de ella nada más que brezo y cielo. Nunca se ve por allí a nadie, pero no puedes saber si está habitada o no, porque no te acercas a ella.

El color rojo cambia según las horas del día y los caprichos del cielo; algunas veces la casa grita: una mancha irascible en una llanura desierta, con un horizonte ondulante y cercano de fondo. Otras veces tan quieta como una bandera descolorida.

Ahí no vive nadie, piensas, y sin embargo no te acercas, te mantienes a unos cientos de pasos, sin realmente querer admitir por qué.

Detrás de la casa está el cielo... gris, azul, rojo, casi blanco. Y el brezo. No sabes qué color tiene exactamente, uno no es pintor. A veces parece como si la casa hubiera dado un rígido paso hacia delante o hacia atrás, y simplemente te vuelves hacia otro lado para no tener que verla.

Así transcurren los días..., una semana. Y entonces, una noche, justo antes de que salga el sol, un ser humano se dibuja a la derecha de la casa, con el cielo de fondo. Te quedas mirando fijamente para asegurarte de que no te estás equivocando; entonces la figura se acerca a una pared, como si se apoyara en ella..., y de repente desaparece. Te extrañas. Te cuesta dormirte. Al día siguiente, la casa sigue allí, aparentemente tan vacía y deshabitada como siempre.

Transcurren más días; a lo mejor deberías acercarte a investigar un poco, mirar más de cerca la bandera descolorida/el grito rojo, pero no lo haces.

Una noche, de madrugada, la figura está otra vez allí, casi en el mismo sitio, pero no exactamente, no hay ninguna posibilidad de que se trate de un espejismo, solo que no eres capaz de decir si se trata de una mujer o un hombre. Ella/él da unos pasos hacia la derecha, luego vuelve donde estaba; a continuación, él/ella desaparece detrás de la casa.

¿Vive alguien allí a pesar de todo? Posible pero no probable, porque si la casa se mira desde un determinado punto, se puede ver a través de ella, es decir, a través de dos ventanas, y aún no has visto a nadie cruzar el campo luminoso. ¿Tendría, entonces, razón la persona en cuestión para arrastrarse por el suelo hacia delante y hacia atrás? No probable pero posible. Por otra parte, ¿la persona que viste aquella noche era distinta a la que viste casi una semana después? No probable pero posible.

Alargas la noche una hora con el fin de ver si hay algo que ver, te acuestas a las tres en lugar de a las dos, esperas en vano, hasta una noche tras un día cargado de lluvia, la casa es una bandera descolorida, sopla viento del oeste y allí está ella de nuevo, es una mujer, está de pie, inmóvil, el viento la sacude, el pelo se le eriza como un manojo de juncos.

Abres la puerta y sales para mostrar que la has visto, para acabar de una vez con tu imaginada invisibilidad. Entonces ella, sin revelar si te ha descubierto o no, va hacia la puerta blanca, podría

haber sido un poco menos blanca, la mujer destaca casi negra sobre ella, el largo pelo se sosiega, el viento es casi cálido, es julio, ella abre la puerta y entra.

Te quedas quieto, no ocultas que estás mirando fijamente a las ventanas vacías, crees que tal vez ella está contemplándote desde uno de los oscuros cristales. ¿Enciende una luz? No. Está oscureciendo. Ella no enciende ninguna luz. El viento es casi cálido pero fuerte, entras, no consigues hacer lo que habías pensado hacer, arrastras una silla de la cocina hasta la ventana y miras fijamente, en vano.

Mañana, piensas, te acercarás, llamarás a la puerta, y si ella sigue allí le dirás que te has quedado sin azúcar o harina, pero al día siguiente no lo haces; la oscuridad está para planes, la luz para vacilaciones.

El viento se ha calmado, el sol intenta resquebrajar la manta azul grisácea de nubes. Te has levantado temprano, despertado por un sueño, pero enseguida eres consciente de que hay una casa roja a trescientos metros; es como si te hubieses enamorado estando dormido. Pero eso no será posible, ¿no? ¿Te puedes enamorar de una persona a la que no has visto?

Bueno, al menos te comportas de un modo distinto, desayunas paseándote entre la encimera de la cocina y la ventana que da al sur, a la puerta blanca, no tan blanca ahora como en el crepúsculo; y cuando luego intentas concentrarte en «Fe y razón», el papel se queda en blanco, como una puerta blanca. No llegas a hacer nada, y no aparece ninguna mujer.

Te inquietas, te inquietas más, te tomas tres rápidos tragos de aguardiente y una cerveza algo más lenta, la tranquilidad ha desaparecido, te armas de valor, sales al día gris, pasas por delante de la casa a menos de veinte pasos de distancia, no ves nada, continúas por el brezo mojado, quinientos metros, ochocientos metros, te das la vuelta y vas hasta el otro lado de la casa, no ves a nadie, cierras la puerta, te quedas con los zapatos y los calcetines mojados puestos, tiene que haber una razón para creer que a pesar de todo estás enamorado, o si no enamorado, al menos... ¿qué? Siempre te has cambiado de calcetines... no es verdad: jamás has salido al brezo mojado sin ponerte un calzado apropiado. Ridículo, puede que ella sea... es incluso estadísticamente probable que ella no sea ni guapa ni... ¿o? Además, es obvio que ha vuelto a desaparecer.

Durante dos días estás intranquilo, no consigues hacer nada, no se ve a nadie. Entonces de repente ella está allí, en medio del sol, un caluroso día con una brisa del este, vestida de rojo, como para fundirse con la casa, deberías ir a la ciudad a comprarte unos prismáticos, al menos deberías darte prisa, salir y mostrar que existes, y lo haces, estás en tu derecho, aunque tienes la sensación de que lo de abrir la puerta tiene que ver con coraje; has pensado tanto en ella que resulta difícil creer que ella no lo sepa; ¿es posible que tantos pensamientos no hayan logrado su propósito? ¿Qué significa *propósito*? El plato no tiene ninguna razón para sentirse disparado.

Sales, pues, y crees que ella se da la vuelta y ve que estás ahí, solo que no puedes estar seguro del todo, aunque sí, estás seguro. Ella ve. Te quedas quieto; estás enamorado de una mujer aún no identificada, pero no te imaginas con detalle la posible, la probable decepción, estadísticamente ella existe, etc. Pero no das un paso adelante, no se te ocurre lo de la harina y el azúcar, uno es como es, como una mano cerrada: ¡ojalá simplemente pudieras abrir la mano y dejar que salieran flechas de cada dedo!

Allí está ella; da un paso hacia delante o hacia atrás. Das un paso hacia delante, ella puede creer que es hacia atrás. Ella gira la cabeza de derecha a izquierda, luego de izquierda a derecha,

hacia el sol. Son las once, la casa grita, la harina y el azúcar no existen, ella existe y la distancia..., los trescientos metros, cuatrocientos pasos a través del brezo, infranqueable, irreprimible como la naturaleza de uno. Entonces ella se va, desaparece detrás de la casa y ya no vuelve a aparecer, pero por la noche cuelga un farol encendido a la izquierda de la puerta blanca; extraño..., tiene que significar algo.

Das dos tragos más, luego otros dos; después te cepillas los dientes; pues nunca se sabe lo que puede ocurrir, una luz encendida hace posible lo más imposible. No podrías, claro que sí: enciendes una lámpara de petróleo y la cuelgas al lado de la puerta, así centellean dos luces en la silenciosa noche, una para ella y otra para..., no.

¿Celebras tu osadía con otro trago? ¡Con dos! Uno por cada luz..., ¡salud! Y luego te colocas detrás de la ventana, meditas, muy dentro sabes que los cuatrocientos pasos son demasiados, piensas: si tuvieses una paloma mensajera, si tuvieses un arco y fueras Robin Hood..., tonterías, estás ebrio. Sí, pero no solo por esas seis copas, con seis copas nunca has perdido tan por completo el juicio, ¡nunca!

Aplastas la nariz contra la ventana, ¡y ahí! ¡Ahí viene! Al fin y al cabo, es algo que no te esperabas, te pones sobrio, te sientas junto al escritorio, preparas una sorpresa, miras si te sudan las manos, alguien llama a la puerta. ¿Sí?

El picaporte se mueve, la puerta se abre lentamente... como para ilustrar que el tiempo es relativo. Te levantas despacio, cambias de idea, te sientas, ella entra, no coincide con la probabilidad estadística. Se ha atado un fino pañuelo al pelo rubio.

Buenas noches, perdone que le moleste, pero vi que había luz; ¿podría prestarme un poco de margarina?

¡Sí que puedes! ¡Claro que sí! Así que margarina..., ¿no sería razonable decirle que se sentara y esperara? Aquí tiene, ¿no quiere...? Gracias, pero no quiero molestar.

¿Por qué no le dices que no molesta? ¿Por qué encuentras enseguida la margarina, sin darte tiempo a pensar? ¿Tan idiota puede uno llegar a ser?

Ella coge la margarina, sonrío, da las gracias, no es de extrañar que lleves días enamorado, eres tan indescriptiblemente torpe... Cuando sonrío, se le dibujan arrugas alrededor de los ojos. ¡Muchísimas gracias! De nada. Adiós.

Ella se va, lo rojo va desapareciendo poco a poco, dejas la puerta abierta, esta tarde no se cerrará. ¡Date la vuelta y entérate de que estoy aquí!; y cuando ella llega a la puerta, levanta la mano con el paquete de margarina y desaparece. Pero no se ha llevado el farol, tiene que volver a salir, tienes algo que esperar, y mientras tanto moscas, mosquitos y mariposas nocturnas entran zumbando por la puerta abierta, una diversidad zumbante, entrada, entrada libre, ahí está vuestra luz, tú tienes la tuya.

¿Te sientes amargado por tu torpeza? No. Sientes por dentro alegría, toda una orquesta de trompetas y trombones. ¡Mañana pedirás prestadas harina y azúcar! ¡Eso es! Mañana dirás: Perdóneme por haberla dejado marcharse, nada me hubiera gustado más que se hubiera quedado. Mañana hablarás, pues eres hombre de palabra.

DESPUÉS DEL ENTIERRO

Mi hermano fue enterrado el 6 de marzo. Era un martes. Llevaba nueve días muerto. Es realmente demasiado tiempo, opino yo.

Había llovido un poco todos los días, pero el martes por la mañana el cielo estaba azul. Llamé a María y le dije que no iría, que me había puesto enfermo.

María es mi hermana. No me creyó. Primero dijo que era un cobarde, luego empezó a suplicarme.

Hazlo por mí, dijo, por favor.

No contesté. Noté que estaba llorando.

¿Estás llorando?, le pregunté.

Por favor, dijo, no puedo más.

Entonces le dije que iría.

El entierro era a las once. Había estado en cuatro entierros o sepelios, pero nunca a una hora tan temprana. Estuve en el de mi padre, porque murió antes que mi madre, y fui por ella. No estuve en el de mi madre, porque ella ya estaba muerta. No fui capaz, la quería mucho.

Entonces por qué iba a ir al de Karl..., en todo caso sería por María. A ella también la quiero algo.

Así que fui.

Había cuatro hombres en la puerta de la pequeña capilla. Solo los vi de lejos. Cuando pasé por su lado miré al suelo, tanto entonces como cuando recorrí los bancos hasta la primera fila, porque sabía que es allí donde suelen sentarse los familiares.

María me había guardado un sitio. Me senté entre ella y Henriette, la hermana de nuestra madre. Henriette me cogió la mano y la mantuvo un rato cogida. Tiene más de setenta años.

Al otro lado de María estaban sentados sus dos hijos y el padre de estos, es decir, el marido de María. Es comerciante. Ninguno de los hijos se parece a sus padres, tal vez porque María y su marido, Kristian, son muy distintos. Los hijos tampoco se parecen entre ellos. A mí me habría gustado parecerme a mi madre, pero no es el caso.

Pasaron unos minutos, una débil y oscura nota salió del órgano, luego algunas claras que se superpusieron a la oscura. Era muy bonito, y me imaginé un gran lago silencioso, rodeado de árboles verdes. Subió el fragor del órgano, el agua empezó a encrespase y los árboles se inclinaron con el viento.

El pastor era bastante joven. Tenía el pelo oscuro, pero la voz clara. Hablaba como si hubiese conocido a Karl. Mencionó las aparentes casualidades que hacían que Karl se encontrara allí justo en ese momento, y que lo mismo regía para el hombre del coche que venía de frente. No explicó por qué había dicho *aparentes*, aunque tendría que ser esa palabra la que daba sentido a la frase.

No fue un sermón especialmente bueno, no hizo llorar a nadie, ni siquiera cuando dijo que nosotros, sus familiares, no debíamos encerrarnos en ese dolor necesario y revitalizador.

Fueron justo esas palabras las que empleó. Yo no las entendí, y esa es la razón por la que las recuerdo.

En cierto modo resultó más fácil salir de la capilla de lo que había resultado entrar, aunque los que estábamos en la primera fila salimos en primer lugar, para que los que estaban sentados detrás de nosotros pudieran vernos de frente. Quizá fuera por la música del órgano.

Yo caminaba al lado de Henriette. Era ella la que quería caminar a mi lado. Me dobla la edad. Vive a solo cincuenta metros de distancia de donde vivo yo. Yo vivo en la segunda planta de una finca urbana, ella en la planta baja del edificio vecino, y entre ambas casas solo hay un aparcamiento, una alambrada y algunos tilos bastante altos. En otoño e invierno y al principio de la primavera, antes de que hayan salido las hojas de los árboles, puedo verla junto al fogón o sentada en la mesa de la cocina. Ella lo sabe, se lo conté un día, y entonces dijo: Es bueno saberlo.

Cuando salimos a la penetrante luz, lo único que deseaba era marcharme de allí, así que le dije a Henriette que quería ir a la tumba de mi madre.

¿Puedo ir contigo?, preguntó.

Caminamos junto a la capilla y luego pasamos por delante de la iglesia. El cementerio se encuentra en una ladera hacia el sur, entre altos y erguidos pinos que dibujan grandes sombras.

¿Vienes aquí a menudo?, preguntó Henriette.

No, contesté, ¿y tú?

No, dijo ella.

Cuando nos encontrábamos junto a la tumba, Henriette dijo: Supongo que Karl también reposará aquí.

¿Lo ha dicho María?, pregunté.

No, pero es lo natural. Es la tumba familiar.

Yo no quiero estar aquí, dije.

¿No quieres?

¿Tú deseas reposar aquí?, le pregunté a ella.

No lo sé. ¿Piensas que debería?

No contesté. Luego dije:

Tú querías a mi madre, ¿verdad?

Ah, sí, la quería mucho.

¿Crees que ya se han ido?, le pregunté.

No los veo, dijo ella, pero si quieres, podemos salir por la puerta de más abajo.

EL OTRO SUEÑO

Un día, AL salir, vi que habían tirado la casa del vecino. Yo no había notado nada; por suerte, estoy mal del oído. Era un extraño espectáculo, a pesar de mi mala vista. Se trataba de una casa grande con muchas habitaciones, ahora todas habían desaparecido, quedando reducidas a un montón sorprendentemente pequeño de ladrillo y madera hecha trizas.

Quedé tan fascinado y distraído por el sorprendente vacío que me olvidé de para qué había salido, así que volví a mi casa.

Subí las escaleras. Me vino bien sentarme; a veces los esfuerzos son recompensados. Me dormí. Es un buen estado, lo único malo es que suele durar demasiado poco.

También esta vez.

Me parece oír que alguien hurga en el picaporte, pero no puedo estar seguro, mi débil oído me hace a menudo imaginarme cosas.

Entonces llaman a la puerta.

Primero hago como si creyera que se trata de mi sueño habitual, no del otro.

Entonces llaman por segunda vez.

No quiero abrir. Hace ya mucho que vencí el sentimiento de culpa por dejar que la gente se marchara sin haber sido recibida. Me quedo sentado muy quieto en el sillón un buen rato.

Entonces llaman por tercera vez.

Ahora me resultará imposible abrir, lo quiera o no. Y sin embargo me noto un poco intranquilo, he de admitirlo.

Forzado por esa intranquilidad, me levanto sin hacer ruido y voy hacia la entrada, pero antes de llegar oigo que se abre la puerta. Sé que estaba cerrada.

Vuelvo a toda prisa al sillón y me siento.

Tengo miedo.

No tengo nada con que defenderme contra una fuerza física. Cierro los ojos y finjo estar dormido; Dios sabe de dónde me viene esa ocurrencia. Oigo pasos. Se acercan. Se detienen.

No abro los ojos, quiero darle tiempo y con ello tal vez evitar que haga algo precipitado.

Noto que me tiemblan los párpados y la sangre me corre por las venas.

MARION

Era mediodía y hacía calor. Yo estaba tumbada a la sombra de los grandes abedules en un extremo del parque, viendo disolverse las nubes justo por encima de mí. Nunca lo había visto con tanta claridad. Venían del norte, y desde allí, en la costa, ya no se dirigirían a ninguna parte.

El hombre pelirrojo volvió a pasar y esta vez no hice como si no lo viera; no sé por qué, pero no me interesaba, de eso estoy segura. No había en él nada llamativo ni interesante, excepto posiblemente, pero solo posiblemente, porque en realidad no era ni llamativo ni interesante, el que pasara por tercera vez.

Si pasa una cuarta vez, pensé.

La hierba continuaba al otro lado del sendero, y a veinte metros de allí crecía un arbusto de casi un metro de alto. Unas golondrinas volaban en círculo por encima de mí; por alguna razón pensé que tenía que haber una iglesia en las cercanías. Me volví hacia el otro lado, cerré los ojos; no creo que me durmiera, pero es posible. Oía el sonido de unas tijeras de jardinería o algo por el estilo.

Lo primero que vi al despertarme, si es que realmente me había dormido, fue a él, al pelirrojo, que pasó por delante de mí por cuarta vez. Me fijé en que iba en la misma dirección que antes. No tenía por qué significar nada, podría haber vuelto mientras yo dormía, si es que dormía. No resultaba por ello menos llamativo.

Hice como si no lo hubiera visto. Cuando hubo desaparecido, me levanté, sacudí la manta y la metí en la cesta. No hui, el hombre no me había asustado.

Cuando llegué a la plaza, lo vi por quinta vez. Estaba en la estrecha sombra de una tienda de fotografía hablando con una pareja, una mujer y un hombre. Él no me vio. La que hablaba era la mujer; tenía mi edad.

Me senté en una mesa libre debajo del gran toldo, al otro lado de la abierta y rectangular plaza, y pedí un café. De repente el hombre había desaparecido.

Volví directamente a la pensión, no se encontraba lejos. Marion estaba escribiendo una carta. Yo también me llamo Marion. La habitación daba a una especie de jardín, rodeado de una alta valla de madera. Con «una especie de jardín» quiero decir que había indicios de arriates, pero ninguna flor. Bajamos juntas al comedor.

Mientras esperábamos a que nos sirvieran, dije que necesitaba ir al baño. Subí a la habitación para ver si Marion había escrito algo sobre mí. Solo ponía que yo había salido. La carta era para su madre. «Ya llevamos aquí cuatro días», ponía, y bajando de nuevo al comedor me pregunté por qué había escrito lo que había escrito, porque no era verdad, habíamos llegado a esa ciudad hacía solo dos días.

Habían servido la sopa; Marion estaba comiendo. En la pared justo encima de ella colgaba una foto aérea de la ciudad. Entre las dos ventanas que daban a la calle colgaba otra. En medio de la foto encima de Marion estaba el parque, y justo detrás de él, vista desde el puerto, había ciertamente una iglesia.

Marion dijo alguna que otra cosa, no recuerdo qué. Hacía mucho calor. Pero luego, de nuevo en la habitación, durmiendo la siesta, me preguntó si me había fijado en la camarera rubia con los pómulos altos. Yo sabía a quién se refería.

¿Suele rozarte cuando te sirve?, me preguntó.

No, contesté, creo que no.

Quizá sean imaginaciones mías, dijo Marion.

No dijo nada más. Le pregunté qué quería decir.

Nada, solo que a mí siempre me roza.

Marion estaba tumbada boca arriba mirando al techo, luego cerró los ojos. Cuando me volví a despertar, no podía ser mucho más tarde, ella estaba de pie, mirándome en el espejo.

Salimos a tomar café y nos sentamos bajo el toldo de la plaza.

Mira allí, dijo Marion.

Seguí su mirada, pero no sabía a qué se refería.

Estoy segura de que era tu hermano, dijo.

¿Dónde?

En la esquina, él y otro hombre.

Es imposible, dije.

Sí, habría sido una extraña coincidencia, seguro que me he equivocado. Estaba segura, pero supongo que me equivoqué, a veces las personas se parecen a otras personas, y apenas lo conozco.

No hay muchos que se parezcan a Peter, dije riéndome.

Puede que no, dijo ella.

Nos quedamos sentadas mirando a la gente que pasaba, muchos de ellos nos miraban a nosotras. Eran cerca de las seis, y ya no hacía tanto calor, pero el aire seguía caliente. Pedí una cerveza, aunque era un poco pronto. Marion se limitaba a mirar.

¡Allí!, dijo, pero en ese momento yo miraba a los que estaban enrollando el toldo de cuatro metros, y cuando miré hacia donde miraba ella, ya era demasiado tarde.

El que yo pensaba que era tu hermano, dijo Marion.

¿Dónde?, pregunté.

Allí, se ha metido en ese callejón.

Me levanté y crucé la plaza. Me metí en el callejón, no medía más de un par de metros de ancho, aunque era bastante largo. Fui hasta el final, es decir, hasta donde se cruzaba con otro callejón. Luego me di la vuelta.

Encontré a Marion acompañada de un hombre que tenía las manos apoyadas en la mesa, dejando reposar en ellas todo el peso del cuerpo. Vi que él estaba hablando. No tenía ninguna gana de sentarme con ellos, Marion tendría que arreglárselas y deshacerse de él sin mi ayuda. Me quedé en la puerta del restaurante mirándola y esperando a que se librara de él. Pero no lo hizo; el hombre se sentó.

Dios mío, pensé.

Me marché y me puse a dar vueltas por las estrechas calles, con el bolso colgado de un hombro y la cámara del otro. Me detuve delante de una de las casetas y compré un pequeño frasco de romero. Luego fui hacia la derecha en dirección al puerto.

Me parecía raro que Marion hubiera escrito a su madre que ya llevábamos allí cuatro días. Aunque era verdad que habíamos empleado dos días más de lo necesario en el viaje, necesario en cuanto al tiempo, quiero decir. Debido a Ochsenfurt. No fue culpa mía, pero era una bonita pequeña ciudad. Marion se emborrachó en Zur blauen Traube y desapareció con un fontanero; no volvió a aparecer hasta aproximadamente las once del domingo por la mañana; no dijo gran cosa, solo insistía en dormir. Yo me di un largo paseo por la orilla del río Meno. Se me ocurrió pensar lo insignificantes que pueden ser los ríos famosos. Marion no se despertó hasta por la tarde. Estaba callada e inabordable.

¿No fue bien la noche?, pregunté.

No preguntes, contestó.

La comprendía. Ella es distinta a mí, pero también bastante parecida. Creo que suele ser así: la mayor parte de las personas son distintas pero bastante parecidas. O tal vez no.

Al día siguiente, sobre el mediodía, proseguimos el viaje. Estaba lloviendo.

GERHARD P.

Un par de semanas después de que, a la edad de cuarenta y tres años, Gerhard P. perdiera a sus padres en un accidente de coche, se posó sobre él una tranquilidad que no entendía y que en algunos momentos le generaba cierto sentimiento de culpa.

Él era el único heredero, y como daba por sentado que iba a sobrevivir a sus padres, soñaba a menudo con quedarse un día con la casa de su infancia, una espaciosa vivienda unifamiliar a las afueras de la ciudad. Ahora era suya, y antes de que transcurriera un mes, ya se había mudado a ella.

Era a principios de diciembre, un viernes, caía una ligera nieve, estaba anocheciendo.

Cuando los de la mudanza se marcharon, Gerhard P. apagó las luces y se desnudó, a continuación, fue desnudo de habitación en habitación, y al entrar en cada una de ellas, estuviera con la calefacción encendida o no, decía: Aquí estoy.

Cuando con más emoción pronunció la frase fue cuando llegó a la habitación de sus padres. La gran cama de matrimonio estaba sin hacer, como llevaba desde aquella mañana en la que se metieron en el coche, rumbo al este, sin que nadie supiera por qué ni adónde se dirigían. Después de llevar conduciendo solo treinta kilómetros, el padre invadió el carril contrario y chocó de frente contra un tráiler.

Gerhard estaba desnudo en medio de la habitación, con la mirada clavada en la cama sin hacer y dijo en voz baja: Aquí estoy.

A continuación, bajó al salón, se vistió y encendió la luz.

Luego, tras haber tomado un ligero almuerzo, Gerhard se puso a cambiar los muebles de sitio, empezando por el salón. Nada se quedaría como estaba.

Había planeado de antemano cómo iba a dejarlo, y cuando al cabo de un rato se dio cuenta de que su plan no era viable, volvió a dejar todos los muebles donde estaban.

Sacó una botella de vino de las que sus padres habían dejado, se sirvió una copa, se sentó en el sofá y miró a su alrededor. Todo era como él recordaba que había sido siempre.

Pensó: Aquí estoy yo.

GUSTAV HERRE

Gustav Herre estaba junto a la ventana mirando la calle, lo hacía a menudo, aunque no había gran cosa que mirar, era una calle tranquila de un barrio tranquilo. También miraba hacia las ventanas de enfrente, pero con la cabeza agachada para que los vecinos no lo considerasen un mirón.

Nunca había visto nada importante, ni al otro lado de las ventanas ni en la calle. Y lo que vio esa tarde de septiembre, sobre las cuatro, tampoco tenía ninguna importancia: un hombre de piel oscura, de sesenta y tantos años, un poco encorvado y con una deformidad en una pierna que lo hacía fácilmente reconocible. Gustav Herre lo había visto antes, desde la ventana de la segunda planta, pero sin que le hubiera hecho reaccionar ni reflexionar.

Se consideraba a sí mismo, con cierta satisfacción, un hombre emocionalmente sobrio, razón por la que su reacción de ahora, aunque no fuera intensa, le sorprendió. Pensó: Pobre hombre, tan lejos de donde más desearía estar, tan lejos de su país, de su paisaje, de su lengua.

Gustav Herre siguió al hombre con la mirada hasta que desapareció por la esquina de la peluquería. Luego volvió al escritorio, al fondo de la habitación, para seguir trabajando en su ensayo «El modernismo como liberación o tapadera». Se quedó mirando lo que había escrito y llegó rápidamente a la conclusión de que de todos modos no sacaría más provecho de esa sesión de trabajo.

Miró el reloj; algo irritado, descubrió que ya estaba esperando a la que había llamado antes diciéndole que iría a hacerle una visita si él quería.

Unas horas después ella ya estaba allí, en su cama. Él se quedó tumbado un rato mirándola, mirando su frente, su pelo, su oreja, su mejilla, su nariz. Ella tenía los ojos cerrados. Luego él se levantó y la tapó con el edredón.

¿Te gustaría comer unas gambas?, le preguntó.

Qué ricas, contestó ella.

Él puso la mesa, sacó las gambas, pan, mantequilla y una botella de vino blanco. Se tomó una copa de coñac.

Ella salió del baño y dijo que no podía quedarse hasta tarde, porque su marido volvería temprano a la mañana siguiente. Gustav Herre dijo que qué mal por su parte.

Sí, dijo ella.

Ella le preguntó si tenía celos de su marido.

No, contestó él, ¿debería tenerlos?

Ella no contestó.

Se sentaron a la mesa. Él sirvió vino en las copas. Comían gambas y bebían vino. Gustav Herre lamentó que no hubiera huevas en las gambas; a ella, en cambio, le pareció una ventaja.

Poco a poco el vino los fue alegrando. Ella comentó, como a propósito de algo, que a veces sentía satisfacción al tirar un envoltorio de chocolate o algo parecido a la acera; lo gracioso es, dijo, que me hace tener mala conciencia.

A Gustav Herre eso le pareció muy natural, porque obviamente era algo que ella hacía con el fin de desobedecer; en nuestro mundo, dijo, lo de tirar un papel en la calle a propósito es un acto inmoral y una rebelión contra el orden existente.

Ella se rio.

Vaya, vaya, dijo.

Gustav Herre sirvió más vino.

Es la estética elevada o reducida a moral, dijo, un paquete de tabaco o un bote de cocacola vacíos en una acera; de repente lo que suele ser aceptable se ha convertido en inaceptable, porque se encuentra en el lugar equivocado.

Precisamente eso es algo que me ha interesado siempre, prosiguió, entre los diecinueve y los veinte años viví una época en la que dejaba distintos objetos en lugares que no les correspondían.

Se rio.

Todo empezó, dijo, cuando encontró en el desván un viejo marco roto de esos en los que se colocan fotografías de la familia. El cristal estaba intacto, y cuando hubo más o menos recompuesto el marco, metió en él una foto que había recortado de una revista; era un detalle de una vieja pintura, probablemente del siglo xvii; mostraba a dos viejos padres ciegos que reciben a su hijo, también ciego, cuando vuelve a casa, y el padre muerde al hijo en la mejilla.

Algo así era, dijo, no se acordaba muy bien, pero era un cuadro impactante y doloroso, por el que tenía sus razones en sentir interés.

Luego cogió el cuadro y un clavo, se dirigió a un bosque de las afueras de la ciudad y clavó el cuadro en el tronco de un árbol, a unos quince o veinte metros del sendero.

¿Para qué?, preguntó ella.

Para que alguien lo encontrara y no entendiera por qué estaba allí colgado, contestó Gustav Herre; Dios mío, yo era joven...

Sirvió más vino en las copas mientras buscaba algo que decir.

Qué historia más tonta, dijo ella.

Sí, asintió él.

EL NECESER

¿Desea usted algo más? preguntó ella.

No, gracias.

Ella estaba frente a él, con un lenguaje corporal más marcado que antes. Y cuando por fin se dio la vuelta y se marchó, se llevó el lenguaje con ella.

De nuevo él sintió calor en su interior, y pensó: Si yo no hubiera sido yo, o hubiera sido esa parte de mí que representa lo no tolerable, no la habría dejado marcharse.

Había viajado hasta ese lugar en varias ocasiones con el propósito de escribir. Pero esta vez las palabras no querían obedecerle. No tenía ni idea de por qué. Eso le hacía sentirse inquieto.

Salió a la calle. Hacía ya más calor. En el centro, una pastelería había colocado mesas y sillas en la acera; se sentó.

No tenía que haberla dejado marchar, pensó.

Y luego: No debería haberme marchado. Debería haber bajado a la recepción o al comedor y pedido otra cerveza. Ella lo habría entendido.

Se acabó la taza de café y volvió a la pensión. Había un hombre delante del mostrador de la recepción.

¿No hay nadie?, preguntó.

¿Ha tocado usted el timbre?

Muchas veces.

Casi siempre tardan bastante.

¿Usted se hospeda aquí?, preguntó.

Sí. Voy a ver si encuentro a alguien.

Y se fue por el comedor a la cocina. Había un montón de platos y tazas en la encimera del fregadero, y se quedó un poco desconcertado, porque la camarera le había dicho que él era el único huésped.

Había dos puertas aparte de la del comedor. Llamó a una. Nadie contestó. Bajó el picaporte. La puerta estaba cerrada. La otra daba a un pasillo que acababa en un estrecho patio trasero. Volvió a la cocina. La hospedera estaba en la puerta de la habitación cerrada con llave.

¿Qué quiere usted?, le preguntó en un tono poco amable.

Él se lo explicó.

Estamos llenos. Puede usted decirle que está todo ocupado.

¿Tengo que decírselo yo?

¿Por qué no? Está usted preguntando en su nombre. Además, no estoy vestida.

Lo último era obviamente mentira y, sin embargo, fue la primera parte de su respuesta lo que más le confundió.

No contestó.

Volvió a la recepción. Estaba vacía. Le pareció ilógico que el hombre se hubiera marchado — solo se había ausentado unos minutos— de modo que dijo en voz alta a la habitación tan visiblemente vacía:

¿Hay alguien?

Sonó mucho más alto de lo que pretendía, casi como un grito enfadado, y para evitar una posible respuesta, salió a toda prisa de la pensión y dobló la primera esquina de la calle. Se paró unos instantes, pero luego siguió andando a pasos cortos e irascibles.

Me marchó, pensó, no me quedaré ni un día más en esa maldita pensión.

Había tomado el camino que solía tomar y cuando llegó al Balzac, entró. Aún era pronto y el local estaba casi vacío. El dueño lo saludó con un gesto de la cabeza, como si lo conociera, supuso, y enseguida se sintió más conciliador tanto con la pensión como consigo mismo.

No sabrá quién soy, pensó, pero me reconoce.

Estaba sentado muy erguido en su mesa, se tomó dos cervezas. Pensó en por qué se había marchado de la pensión por la mañana y en por qué había vuelto. Veía en su interior claramente a la camarera del comedor, el cuerpo recto, como echado hacia delante. Y las líneas en la espalda inclinada. No, no era ella, era la que se ocupaba de las habitaciones.

¿Y qué?, pensó con soberbia. Una de las dos. O las dos. He tenido demasiadas pocas mujeres.

Durante un rato se entregó a excitantes fantasías en las que las dos mujeres, primero una y luego la otra, desempeñaban el papel principal. Era muy consciente de lo lejos que esas imágenes se encontraban de la realidad en la que él mismo podría ser su compañero de reparto pero las disfrutó de todos modos, sintiéndose un poco avergonzado, pero terco. Y cuando ya no había más que sacar de las visiones, pagó y volvió a la pensión.

La recepción estaba vacía, pero cuando subió por la escalera hasta el estrecho pasillo vio a la encargada de las habitaciones salir de la habitación de enfrente de la suya y cerrar la puerta tras ella. Lo miró de reojo y lo saludó a duras penas. Él se acordó de que la camarera del comedor había dicho que la otra compañera estaba enferma, estuvo a punto de preguntar, pero vaciló, y ya era demasiado tarde; no podía gritarle. La vio desaparecer escaleras abajo y entonces se acordó de que había pensado pedir una cerveza y bajó tras ella. Ella debió de oír sus pasos, porque se detuvo.

¿Sería posible tomar una cerveza?

¿Una cerveza?

Sí.

Un momento.

Él se quedó esperando. La mujer tardó lo suyo. Cuando por fin volvió, no traía ni vaso ni abridor. Él se limitó a pedir un abridor. También en eso tardó la mujer. Aquí no funcionan muchas cosas, pensó impaciente, pero cuando la mujer volvió a aparecer, se sintió menos irritado al ver su cara de culpabilidad.

Perdone, dijo ella, pero la señora Langer...

Él supuso que se refería a la hostelera. Sonrió e hizo elocuentes gestos, pensó que se lo podía

permitir.

Resultó obvio que ella no opinaba lo mismo; le lanzó una rápida mirada represora y dijo: Todos tenemos problemas.

Ofendido por la reprimenda y porque su empatía no había surtido efecto, pidió un vaso en un tono más bien brusco.

Creía que usted tenía uno, dijo ella y fue a buscarlo.

Sí, sí, tal vez, gritó él tras ella. ¡Déjelo!

Subió a la habitación. Abrió la botella y se la llevó a la boca. No necesito vaso, joder, se dijo.

Se tumbó en la cama, pero al instante llamaron a la puerta. Mientras sopesaba si abrir o no, la puerta se abrió y la encargada de las habitaciones entró con un vaso. Él se levantó a toda prisa, avergonzado por estar tumbado encima de la colcha con los zapatos puestos.

La mujer dejó el nuevo vaso al lado del viejo. Era una imagen ridícula, y él dijo: Pensé que tal vez se lo habrían llevado.

No importa.

Qué respuesta tan peculiar, pensó, y algo negativo en la manera en la que se dijo lo irritó. Dijo sin pensárselo mucho:

Creía que usted estaba enferma.

¿Ah?

Debo de haber entendido mal.

Ella cogió el primer vaso y salió de la habitación. Él buscó con la mirada la botella de cerveza de esa mañana, pero no la encontró. Entró en el cuarto de baño para cerciorarse de que tampoco estaba allí. Eso significaba que alguien había estado en su habitación después de que él saliera. Eso no era en sí nada extraño; la persona en cuestión podría haber pensado que el vaso podría hacerle falta después.

Estaba a punto de aceptar esa explicación cuando descubrió que su neceser no se encontraba en la repisa de encima del lavabo, donde solía estar, sino en el alféizar de la ventana, con la cremallera abierta. Sabía con toda certeza que él nunca lo dejaba abierto; tenía que ver con su pudor, con el hecho de que contenía un paquete de condones.

No faltaba nada del neceser, pero la idea de que alguien lo hubiese abierto y mirado su interior lo llenó de una sensación de malestar. Se sentía descubierto, bueno, sentía como si la persona que había visto el paquete de condones, al mismo tiempo y en virtud de ello, hubiese leído sus pensamientos más íntimos y secretos; hubiese visto su yo oculto.

Se quitó los zapatos y se metió debajo del edredón con la ropa puesta, luego volvió a levantarse, cerró la puerta y volvió a acostarse. Pero enseguida supo que no lograría dormirse y que quedarse sin hacer nada no haría sino empeorarlo todo, reforzar esa creciente sensación de abandono, de extravío. Y sin embargo no se levantó, pensó: Pero si así es como es, si este es el núcleo de mi vida. Lo otro no es más que actividad, acción, huir de ser reconocido.

Llevaba un rato tumbado, enterrado en su propia sensación de extravío, cuando oyó una voz de hombre alta y clara delante de la puerta:

Y traiga otro vaso para usted, por si quiere compartirla conmigo.

No oyó ninguna respuesta, no oyó absolutamente nada más. Se quitó el edredón de encima y se acercó a la puerta. Intentó mirar por el ojo de la cerradura. Tampoco vio nada.

GEORG

Conocía un poco a Georg desde hacía cuatro o cinco años. Yo estaba sentado solo con una pinta, sobrio. Él se levantó de otra mesa y se sentó sin pedir permiso. En cambio, me preguntó si podía invitarlo a una pinta.

No, contesté.

Pidió una de todas formas.

¿Estás borracho?, le pregunté.

Llevo así cuatro meses, contestó.

Yo no dije nada. Él dijo que yo era una persona honesta. Por supuesto, dije.

¿Sabes por qué?, preguntó.

No, contesté.

No importa, dijo.

Volvió a preguntar si podía invitarlo a una pinta.

No, contesté.

El camarero llegó con la pinta. Georg la pagó. Luego cogió mi paquete de tabaco e intentó liarse un cigarrillo. No le salía, todo acababa en el mantel, así que le lie uno.

Mientras lo hacía, me preguntó qué pensaría yo al despertarme una mañana cuando todo habría acabado y yo estuviera en la cama sabiendo que todo había acabado, añorándola, añorando a la que se había marchado, ¿qué pensaría yo entonces?

Sentiría compasión de mí mismo, dije.

Eres sincero, dijo él.

No contesté.

¿Estoy molestando?, preguntó.

¿A quién?, dije.

Bien dicho, dijo él, bien dicho.

Yo no dije nada; pensé: más vale que me marche.

¿Ves alguna vez a Inger? preguntó.

¿Inger?, dije.

¡La mujer con la que estabas casado, joder!

No, contesté, hace medio año que no la veo.

¿Puedo preguntarte una cosa?, dijo. Puedes contestar o no, ¿pero puedo preguntarte una cosa?

Pregunta lo que quieras, dije.

A ti siempre se te ha dado jodidamente bien hablar, dijo, siempre dices las cosas correctas y siempre tienes una respuesta inteligente. Pero algunas veces, cuando todavía estabas con Inger, ella se me acercaba y me preguntaba si yo creía que tú respondías de lo que decías.

¿Y qué?, pregunté.

Nada, solo era eso.

Ibas a preguntarme algo, dije.

Ya te lo he preguntado, dijo él, ¿no has entendido ni siquiera eso?

No contesté.

¿Me invitas a una pinta?, preguntó.

No, contesté.

Hizo señas al camarero y pidió una pinta. Luego dijo: Ella me preguntó si yo creía que tú respondías de lo que decías.

Eso espero, dije.

Creo que eres jodidamente listo, dijo.

¿Por qué no te sientas en otra mesa? pregunté.

Se quedó sentado, mirándome fijamente. No quise darle a entender que me molestaba. Me lie un cigarrillo y me metí el paquete de tabaco en el bolsillo, lo mismo hice con el encendedor. Me puse a mirar hacia el local, pero notaba su mirada clavada en mí.

Ahora entiendo por qué ella se hizo fulana después de dejarte, dijo.

Le eché el humo en la cara.

El camarero vino con la pinta; Georg pagó.

Yo seguí echándole el humo en la cara.

Él dijo: Deja de hacer eso.

Yo seguí haciéndolo.

De acuerdo, dijo. Así que de repente se te ha acabado toda esa cantidad de palabras que tenías. Eso está bien, así no podrás seguir engañando a la gente, está bien, sigue exhalando.

Se reclinó en la silla, con el fin de evitar el humo.

Yo seguí.

Tú, que solías manejar tan bien lo que te salía de la boca, dijo él, ahora no sale de ella más que humo. Pero está bien, me voy.

Se levantó.

Yo apagué el cigarrillo y apuré el vaso.

Él seguía allí de pie.

¿Te vas?, pregunté.

No contestó. Luego dijo: Joder, ¿por qué soy yo el que tiene que irse?

Hice señas al camarero y le pedí otra pinta. Notaba cómo me latía el corazón. Saqué el encendedor y el paquete de tabaco y me lie otro cigarrillo.

LA EXCURSIÓN DE MARTIN HANSEN

Me estaba acercando a casa, era un viernes por la tarde a principios de agosto, de repente me sentía muy cansado, aunque no había hecho nada más que atar unos frambuesos. Cuando llegué a la escalera exterior me senté en el segundo escalón, y pensé: De todos modos, no hay nadie en casa.

Al instante escuché voces en el salón, y antes de que me diera tiempo a levantarme, dijo Mona, mi hija: ¿Estás aquí?

Me levanté y dije: Creía que no había nadie en casa.

Nosotras acabamos de llegar, dijo ella.

¿Nosotras?, pregunté.

Yo y Vera, contestó.

Vera y yo, dije.

Vera y yo, dijo ella.

Empecé a subir las escaleras.

¿Dónde está mamá?, preguntó.

En casa del abuelo, contesté.

Pasé por delante de ella, me metí en el salón y pensé: O donde quiera que esté.

Mona preguntó: ¿Podemos sentarnos Vera y yo en el jardín?

Claro que sí, contesté.

Preguntó si podían tomarse una coca cola.

¿Dónde está Vera?, pregunté.

En el cuarto de baño, contestó Mona.

Dije que podían tomarse una coca cola cada una. Subí a la planta de arriba y me metí en el dormitorio. La cama de matrimonio estaba hecha. Ya no estaba cansado. Vera, pensé, ¿no es esa que siempre me mira tanto? Me acerqué a la ventana abierta y allí estaba cuando ellas atravesaron el césped para ir a sentarse en la mesa del jardín. Pensé: Esa chica debe de tener al menos un par de años más que Mona.

Al cabo de un rato fui al despacho y cogí los prismáticos. La veía con total nitidez y me quedé un buen rato mirándola. No veía a Mona. Pensé: Eres guapa. Luego me fui a la cama y me tumbé. Cerré los ojos y me imaginé que la poseía. No resultó difícil.

Cuando media hora después estaba sentado en el salón con una taza de café y una copa de coñac, oí que Eli abría la puerta. Me levanté para que no me viera ocioso. Saqué una enciclopedia de la estantería y la abrí por una página cualquiera. Ella entró en el salón.

Aquí estás, dije.

Pues sí, no resulta fácil dejarlo, solo me tiene a mí. No creo que le quede mucho tiempo de vida.

Me senté.

¿Mona no está?, preguntó.

Está fuera, en el jardín, contesté, con una amiga. ¿Está peor tu padre?

Eli se acercó a la ventana.

No sé si me gusta que Mona pase tanto tiempo con esa tal Vera, dijo.

¿Ah, no?, pregunté.

Es mucho mayor que ella, tiene casi dieciséis, Mona debería tener amigas de su edad.

No contesté; por un momento me entraron dudas de si había recogido los prismáticos del dormitorio y sentí cierto malestar. Le pregunté si quería que le llevara una taza de café, pero se había tomado al menos tres tazas en la residencia; en cambio, no le iría mal una copa de coñac.

Mientras lo sacaba, dije que había llamado mi hermano, que tenía que hablar conmigo de un tema.

¿Por eso estás tomando coñac?, preguntó.

No contesté. Eli se sentó en el sofá. Le alcancé la copa.

¿Va a venir aquí?, preguntó.

No, por supuesto que no, hemos quedado en el centro. Miré a Vera y a Mona y dije: Las frambuesas ya están casi maduras.

Sí, dijo ella.

Las he atado.

¿Las has regado?, preguntó.

Llovió hace tres días, contesté.

La oí dejar el vaso y levantarse. Me volví, miré el reloj y dije: Bueno, tengo que irme ya.

¿Vendrás tarde?, preguntó ella.

No lo sé, contesté.

Cuando llegué al centro, me sentía un poco perdido. No suelo salir solo, y no tengo ningún sitio habitual. Después de haber deambulado un rato por las calles, compré un periódico y entré en el bar del Hotel Norge. Estaba vacío. Pedí una cerveza y desplegué el periódico en la mesa delante de mí.

Intenté pensar y averiguar el motivo por el que mi hermano podría querer hablar conmigo, pero no se me ocurrió nada. Hojeé el periódico y pensé: Simplemente hay que dejar que las cosas sigan su curso, no intentar parar nada.

Abandoné el bar una hora después; estaba ligeramente ebrio y, por tanto, más animado. Pensando en un montón de cosas, recordé algo que solía decir mi padre cuando de pequeño me negaban algo y yo insistía: ¡Lo quiero! Él decía: Tu voluntad se encuentra en el bolsillo de mi pantalón, y por primera vez me pregunté qué podía tener que ver con eso el bolsillo de su pantalón.

Mientras iba reflexionando sobre ese problema marginal —qué hacía mi voluntad en el

bolsillo de mi padre, ¿también él tenía su voluntad allí?— Llegué a un barrio que no suelo frecuentar, y cuando descubrí un pub llamado Johnnie, sentí el impulso que seguramente pretendía el nombre, y entré. El local constaba de una barra y tres o cuatro mesitas. Estaban todas ocupadas. Me acerqué a la barra y pedí un *whisky*; quería irme de allí enseguida.

¿Hielo?, preguntó el barman.

Solo, contesté. Se acercó un hombre, se dirigió a mí y dijo: me alegro de volver a verte.

Lo miré. Pensé que tal vez lo había visto antes.

Lo mismo digo, dije.

¿Entonces me reconoces? preguntó.

Sí, contesté.

Fue una noche de las grandes, ¿a que sí?, dijo.

Sí, contesté.

¿Vives aquí?

¿Aquí?, pregunté.

Sí, aquí en la ciudad.

Ya lo sabes, dije.

No, no lo sabía.

No, tal vez no, dije.

Apuré el vaso.

Estoy sentado en esa mesa, dijo, ¿por qué no te vienes y charlamos un rato?

Dije que tenía que marcharme, ya era tarde, había quedado con mi hermano.

Qué pena, dijo él.

Otro día, dije yo.

Sí, dijo él. Dale recuerdos a María, así se llamaba ¿no?

Sí, contesté, y me marché.

Me sentía completamente sobrio. Me pregunté si aquel hombre vería alguna vez al que creía haber visto.

Me quedé deambulando por la ciudad; eran solo las nueve y media y no me apetecía ir a casa. Aunque tampoco me apetecía ninguna otra cosa. Crucé el puente y fui hasta la estación de ferrocarril. Había algunas personas en el andén esperando el tren que iba en dirección sur. Una voz comunicó por los altavoces que el tren saldría con ocho minutos de retraso. Entré en el restaurante, pedí una pinta en la barra y fui a sentarme en una mesa junto a la ventana. Me dio tiempo a acabar el vaso antes de que llegara el tren. Cuando salió, me levanté y me marché.

Llegué a casa una media hora más tarde.

¿No has estado con William?, preguntó ella.

No, he estado solo. He estado solo todo el rato, dije.

¿Él no ha ido?, preguntó ella.

No llamó, contesté.

Al cabo de un rato me volví y la miré; ella fingió no darse cuenta. Me serví una copa de coñac y me la tomé.

¿Qué estás haciendo?, dijo detrás de mí.

Me duele la cabeza, contesté.
Quizá deberías acostarte, dijo ella.
No sabía qué hacer. En realidad, sabía que daba igual lo que hiciera.
Sí, dije.

Llevaba ya un rato metido en la cama cuando ella entró en el dormitorio. Apagó la luz antes de desnudarse a pesar de ver que estaba despierto o porque vio que estaba despierto.

No dijo nada hasta haberse acostado, luego dijo: Le he dicho a Mona que habías quedado con William. Seguro que no te importa decirle que él no apareció.

No contesté.

¿Te importa?

No, dije.

Pensé en lo que ella acababa de decir: ¿De qué serviría esa repentina sinceridad? Y luego pensé: ¿Qué sabe ella de mí que yo no sé que ella sabe?

¿Y qué?, dijo ella.

Nada, nada, contesté.

Porque no creo que eso te moleste, dijo, y porque es muy normal que una mentira lleve a otra.

No es lo que tú crees, dije.

¿Qué sabes tú de lo que yo creo?, dijo ella, cuéntame lo que crees que yo creo.

No contesté. Pensé: Que se joda.

La toqué suavemente y dije que sentía haber dicho que había quedado con William.

Bueno, dijo ella.

Retiré la mano.

No tenía nada que ver contigo, dije.

Pero, Martín... dijo ella.

No sabía qué más decir. Ella se volvió y me miró. Nuestras miradas se cruzaron. Era incapaz de ver lo que había en esa mirada. Ella estaba completamente tranquila; tenía una expresión parecida a la que tiene a veces cuando duerme. Me acarició la mejilla.

Esto no cambia nada, dijo.

Así es, pensé.

¿A que no?, preguntó.

No, contesté.

FIN

La mayor parte de los cuentos de esta colección se escribió entre los años 1998-2004. Mi agradecimiento a Torleiv Grue y a Terje Holtet Larsen, quienes me convencieron de que estos cuentos merecían ser publicados. Sin su esfuerzo, este libro nunca habría nacido.

KJELL ASKILDSEN

EPÍLOGO

DICCIONARIO ASKILDSSEN[1]

Realismo. Kjell Askildsen es un «artista de su tiempo», pero su tiempo no es este, es decir, no es el del minimalismo con el que muchos lo han emparentado. No es el del realismo sucio (otro más de los equívocos), Askildsen no es realista en el sentido carveriano, sino que más bien se vuelve contra lo *convencionalmente* real, forma parte de lo que Camus (uno de sus referentes) definiera como «revuelta contra lo real».

Tedio. El de los personajes de Askildsen. (¿Cuánto hay en ellos de los de Moravia? De *El conformista*, *El amor conyugal*, *El desprecio*. Y de, parece evidente, *El tedio*).

Nouveau Roman. Askildsen comenzó a publicar en los años cincuenta: su primer libro de relatos es de 1953, *Heretter følger jeg deg helt hjem* (Desde ahora seré yo quien te lleve a casa); su primera novela, de 1955, *Herr Leonard Leonard* (El señor Leonard Leonard).

¿Es el Nouveau Roman la piedra angular sobre la que se sostiene el edificio Askildsen? No, diría mejor que los «nuevos relatos» de este son vecinos de, sobre todo, *Las gomas/La celosía* de Robbe-Grillet y *El empleo del tiempo/La modificación* de Butor. Recuerden ese pasaje *de Las gomas* primero denostado por Italo Calvino, y luego tan amado: «Prefiere caminar, a pesar del frío de la noche, a pesar de su cansancio. Quiere juntar los escasos elementos que ha podido recoger durante el día. Al pasar junto a la verja del jardín, levanta los ojos hacia el pabellón, ahora desierto».

La «descripción prismática de la realidad» a la que se refiriera Gil de Biedma para hablar de Robbe-Grillet nos sirve también hoy para «comentar» a Askildsen.

Hermann Broch. Por encima de Kafka, de Camus, de Beckett, la tríada de «maestros» que suele citarse al hablar de Askildsen. Sí, cómo no, el Camus de *El extranjero*, el Beckett de *Molloy/Malone muere/El innombrable*. Cómo no, Kafka. El de «El paseo repentino», «Desdicha del soltero» o «Contemplación distraída de la ventana». Vienen ahora a mi memoria estos tres relatos.

Pero por encima de todos los nombres propios, Hermann Broch. Nunca mencionado, apenas citado por los exégetas. *Salvo* por el propio autor, por Askildsen, en «Elisabeth»: «Era domingo por la mañana temprano. Yo había cogido una tumbona de la terraza y me la había bajado hasta un

rincón del jardín, al fondo, junto al asta. Allí me puse a leer *Esch o la anarquía*. Mi hermano y mi cuñada no se habían levantado aún». Para muchos lectores, *Esch o la anarquía* es el mejor libro no solo de la trilogía *Los sonámbulos*, sino de toda la obra de Broch. Un «empleado subalterno de comercio de treinta años de edad» discute con su jefe y es despedido antes de «tener ocasión de despedirse por sí mismo». «No obstante —concluye la novela, como si entre aquella primera frase y estas últimas no hubieran pasado la novela y la vida—, Esch encontró una colocación como jefe contable en una gran empresa industrial de su país natal, Luxemburgo, y su mujer le admiró todavía más. Siguieron marchando de la mano y se amaron recíprocamente. En alguna ocasión él la golpeaba aún, pero cada vez con menos frecuencia, y finalmente dejó de golpearla por completo». Ese capítulo no tiene más de diez líneas. En ellas está, dijo Celan *abstractamente*, a pesar de los nada abstractos golpes, «la brutalidad silenciosa de lo que realmente somos cuando no sabemos qué ser».

Piensen en estas palabras. Recapitulen: la brutalidad silenciosa de lo que realmente... Son palabras tomadas —solo cambia el tiempo verbal— de la Biblia. Como lo son muchos de los argumentos de Askildsen: pasajes del Antiguo Testamento «puestos al día» para ventilar quién sabe qué asuntos de familia y matrimonio. Y una pregunta: ¿cuántos personajes hay como Esch en las historias de nuestro escritor? Lo sabrán al acabar este libro.

Familia. Hermanos, hijos, hijas. Dificiles relaciones, relaciones crueles. En «Ajedrez», en «María», en «No soy así, no soy así»: «Estaba bajando por la escalera de un bloque de cinco plantas al este de la ciudad; acababa de hacer una visita a mi hermana y no había sido una visita agradable, pues ella tenía muchos problemas, la mayor parte imaginarios, lo que no mejoraba en modo alguno la situación. Nunca la he querido mucho, ella nunca me ha tenido en tanta estima como debiera».

Pero también una extraña ternura, tan chejoviana. En «El clavo en el cerezo», en «El rostro de mi hermana». Ternura ajena, en apariencia, a los conflictos del resto de los relatos.

Matrimonio. Una forma, también, de lo *familiar*. Matrimonios que no se comprenden, que viven sin comprenderse, y que sufren juntos cada domingo, «domingos triviales» o «jodidos domingos». En «La colisión» («Su mujer había hecho café y se había puesto pinzas en el pelo. Lo miró y le sonrió infeliz»), «El comodín», «Los perros de Tesalónica».

Desnarrativización. Reflexiono en voz alta a partir de otro «artista de su tiempo». Según Domènec Font, «no significa que sus películas [podríamos decir historias, relatos, novelas, narraciones] no planteen conflictos, sino que las tensiones están desdramatizadas según las convenciones teatrales y psicológicas tradicionales. Al igual que ocurre con la literatura moderna (Joyce, Proust, Kafka, Woolf, Pavese, el Nouveau Roman...), los filmes de Antonioni [los relatos de Askildsen, diríamos] son des-narrativos, en la medida en que evitan fáciles implicaciones causales, circulan en un espacio dilatado, digresivo, recurren a ejercicios del pensamiento a través del monólogo interior o se aposentán sobre la deriva del sentido como una manera de expresar el drama del tiempo y su ausencia».

Sincopado. Nos referimos muchas veces con este adjetivo musical a la prosa, a la prosa de alguien. El diccionario de la RAE lo define así: «Dicho de una nota: que se halla entre dos o más

de menos valor, pero que juntas valen tanto como ella. Toda sucesión de notas sincopadas toma un movimiento contrario al orden natural, es decir, va a contratiempo». Nos interesa particularmente esta última afirmación, ese «a contratiempo» referido a Askildsen, quien ha asegurado que muchos de sus textos «tienen un *tempo* propio y contrario; o aspiran a tenerlo». En realidad, quiere decir que el autor, él mismo, aspira a tenerlo. «Hay para cada época del arte un ritmo secreto tan natural, tan espontáneo —declara Julien Gracq en *Leyendo «escribiendo»*— como puede serlo el ritmo de la respiración, y que, mucho más profundamente que su pintoresco exterior, más profundamente incluso que las imágenes clave que la habitan, influye en su ser y la hace realmente existir».

Vejez. Ahora, hoy, Kjell Askildsen es un viejo, pero no siempre lo fue, claro. Ni siquiera cuando escribió las *Últimas notas de Thomas F. para la humanidad*, que parecen haberse instalado en la memoria colectiva de los lectores como un documento terrible y, sin duda, hispido *sobrenuestros* ancianos, sobre «lo mal» que envejecen *nuestras* opulentas sociedades. Hay mucho de esperpento en ese dibujo de Askildsen, que opta no por conmovernos, sino por irritarnos. Para que acabemos odiando a los viejos que protagonizan estos y otros cuentos suyos. ¡Que se mueran ya, por favor!, casi nos atrevemos a gritar. Pues ni siquiera recuerdan con estima su juventud, «el valor más alto de la vida», según escribiera Gombrowicz... Que añadía, eso sí: «Pero ese *valor* tiene una peculiaridad, inventada sin duda por el diablo: en tanto que es juventud, su *valor* no alcanza el nivel de ningún valor».

Existencialismo. Sigue Gombrowicz en el prólogo a *Pornografía*: «Estas últimas palabras, lo de no alcanzar el nivel de ningún valor, explican por qué no he podido arraigar en ninguno de los existencialismos contemporáneos. El existencialismo se esfuerza por reinventar el valor, mientras que para mí lo *subvalioso*, lo *insuficiente*, lo *subdesarrollado* están más cerca del hombre que todos los *valores*. Me parece que la fórmula *el hombre quiere ser Dios* expresa muy bien las nostalgias del existencialismo, en tanto que yo le opongo otra, desafortadamente desmedida: *el hombre quiere ser joven*». Contra este argumento parecen alzarse los textos de Askildsen, un existencialista en la era del *fast food*.

Burguesía. Estos relatos los transitan más los burgueses (burgueses según el modelo que estableciera para nuestro tiempo el llamado *film-faro* de la modernidad, *Viaggio in Italia*, de Rossellini) que los obreros. En realidad, derrotado el neorrealismo (sea este italiano, sea checo, ruso o ¿noruego?), los personajes de las novelas europeas son, por lo general, burgueses. Es necesario, para tales historias, que exista el tedio, y este, bien lo sabemos todos, usted y yo, es solo burgués. «Burgueses de casa con jardín», escribía irónicamente en un artículo Pasolini. «Todos los jubilados de Europa», añadiría Patricia Highsmith en uno de sus Ripley, quien, oh, paradojas, recuerda en ocasiones a los personajes (con algún prejuicio más; o, al menos, menos vehementemente egoístas) de Askildsen. Aunque...

La burguesía nórdica es, no cabe duda, muy distinta de la meridional. Véanse, si no, todas las piezas «bergman», salvo —hay alguna excepción más— el tío mujeriego de *Fanny y Alexander* (en este ejemplo, además, alta burguesía). Y Robert Rosenblum lo ha rastreado en el arte del XIX y del XX (y no solo en el ámbito de la naturaleza, que *asedia* en su famoso y controvertido ensayo *La pintura moderna y la tradición del romanticismo nórdico*).

Jardines. Encierran una naturaleza menos romántica, menos agreste que la de Rosenblum. Sin embargo, no debemos olvidar las palabras de Mislosz: «Hay un Romanticismo contemporáneo nuestro que no es el de nuestros artistas mayores, el de las viejas ideologías: se produce en los hogares con luz eléctrica y bien caldeados; se produce tanto al evocar como al desdeñar a Dios, al ser puros como al amar la impureza. Es un *Romanticismo* que nace en la confrontación de los sentimientos, en la confusión de los sentimientos, en el cansancio de la lógica. Es romántico porque, de hecho, desdeña a esta, y hace de los pequeños jardines de barriadas burguesas, laboratorios para incubar la enfermedad de lo sentimental; es más, cuando esta no aparece, lo hace su contraria: la ausencia total de sentimientos. También ella es romántica».

¿Será una casualidad? «*La malattia dei sentimenti*», la enfermedad de los sentimientos: el lema, a partir de 1961, de Antonioni. El director de cine confesaría a Mario Verdone «ser muy reacio a poner música en las películas, precisamente porque siento la necesidad de ser seco, de decir las cosas con lo menos posible». Muchas de las historias familiares de Askildsen («Los perros de Tesalónica», «Los invisibles») se *celebran* (uso el verbo recordando la película de Thomas Vinterberg, de 1998) en los cuidados jardines de las casas noruegas.

JULIÁN RODRÍGUEZ

EL PRECIO DE LA AMISTAD



La séptima colección de cuentos de Askildsen consta de doce cuentos, la mayoría de ellos escritos entre los años 1998 y 2004. El escritor explora sus temas e ideas en una variedad de formas nuevas, y las historias se caracterizan por percepciones astutas y una gran claridad. Kjell Askildsen presta una voz a la inquietud interna y a lo no resuelto en las reuniones entre personas como ningún otro escritor. Los personajes de estos relatos a menudo se mueven dentro de patrones fijos, como observadores u observados por otros, atrapados en situaciones insostenibles o inestables, conversaciones incompletas y momentos de lucidez repentina, silencio o confrontación. Diecinueve años después de su última novela, la publicación de *El precio de la amistad* fue un gran evento en la literatura noruega.

ASKILDSEN, KJELL
(Mandal, Noruega, 1929).

Es uno de los grandes maestros actuales del relato breve. Su primer libro, *Heretter følger jeg deg helt hjem* (Desde ahora te acompañaré a casa), publicado en 1953, fue aclamado por la crítica, y al tiempo prohibido por «inmoral» en la biblioteca pública de su ciudad natal, debido a su alto contenido sexual. Askildsen es un escritor reconocido mundialmente y traducido a cerca de veinte lenguas

«Kjell Askildsen es un "artista de su tiempo", pero su tiempo no es este, es decir, no es el del minimalismo con el que muchos lo han emparentado. No es el del realismo sucio (otra más de los equivocados). Askildsen no es realista en el sentido carveriano, sino que más bien se vuelve contra lo convencionalmente real, forma parte de lo que Camus (uno de sus referentes) definiría como "revuelta contra lo real"».

JULIÁN RODRÍGUEZ

Esta séptima colección de cuentos de Askildsen consta de doce piezas, escritas entre los años 1998 y 2004. En ellas, el escritor explora sus temas e ideas habituales (el tedio de la burguesía nórdica, los conflictos familiares o la vejez, entre otros) con una variedad de formas nuevas. A lo largo de los años ha ido depurando su estilo y estos cuentos, breves e impactantes, son una buena muestra de ello. Kjell Askildsen presta voz a la inquietud interna y a lo no resuelto en las relaciones personales como ningún otro escritor.

Diecinueve años después de su último libro, la publicación de *El precio de la amistad* fue un gran acontecimiento literario y llegó a ser uno de los libros del año en Noruega.

Nórdicalibros

Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire.

NOTAS

[1] Este epílogo se publicó originalmente como prólogo en la recopilación de cuentos de Kjell Askildsen *Todo como antes* (Debolsillo, 2008). No hace referencia a los relatos de este volumen, sino a los que publicamos en 2018 con el título *No soy así*. Su inclusión en este libro se debe a que es un texto que nos ayuda a entender el universo Askildsen, y, sobre todo, es un pequeño homenaje a nuestro querido Julián. (*N. del E.*)